

# Universalidad de la salvación y teología incluyente

HÉCTOR EDUARDO LUGO G., O.F.M.\*

## RESUMEN



*a teología restrictiva y el lenguaje excluyente utilizados en la declaración Dominus Iesus, nos conduce a un detenido examen sobre el sentido que la Iglesia le ha dado al delicado tema de la universalidad de la salvación. Éste nos lleva a la búsqueda de una teología dinámica y contextual que desde el diálogo y la apertura construya no sólo un nuevo lenguaje que responda a la problemática del hecho religioso mundial, sino unos contenidos doctrinales adaptados a los nuevos areópagos de nuestro tiempo.*

*Procurar elaborar una teología incluyente que haga de la Iglesia una verdadera comunidad de bautizados y no una institución jerarquizada, es un desafío al cual la ciencia teológica debe responder desde la perspectiva del pluralismo religioso en el contexto real del hombre contemporáneo. Urge pensar una teología de la inclusión que acoja, respete y valore la expresión religiosa de quienes creen distinto a nosotros.*

\* Licenciado en Filosofía y en Teología de la Universidad de San Buenaventura; Magíster en Teología Pastoral de la Universidad Católica de París; Magíster en Dirección Universitaria de ASCUM, Icfes. Doctor en Teología de la Universidad Católica de París; Doctor en Historia Comparada de las Religiones de la Sorbona. Profesor de Teología en la Facultad de Teología de la Universidad de San Buenaventura. Oficina: Transversal 26 No. 172-08. Correo electrónico: helgarcia@hotmail.com

*Abstract*

*The restrictive theology and the excluding language used in the Declaration Dominus Iesus leads to a detailed examination of the sense given by the Church to the delicate subject of universality of salvation. This again leads us to the search for a dynamic and contextual theology that in openness for the dialogue builds not only a new language that responds to the problems raised by the religious facts of our world but also presents doctrinal contents that are adapted to the new areopagi of our time.*

*The elaboration of an including theology that makes of the Church a true community of baptized persons and not only a hierarchized institution is a challenge to which the theological science has to respond from a perspective of religious pluralism in the real context of our time. It is urgent to develop a theology of inclusion which accepts, respects and values the religious expression of those who have different beliefs.*

El interés de esta ponencia no se centra en aquello que pueda decir explícitamente, sino en aquello que sugiera, pues mi exposición podrá ser más útil por el horizonte alusivo al que remito, que por las reflexiones directas que proponga.

Me detendré en un asunto complejo pero apasionante que enmarca la declaración *Dominus Iesus* y que a mi modo de ver es uno de sus temas centrales, a saber, el de la «universalidad de la salvación» frente a la urgencia de una «teología incluyente» que nazca del diálogo, la apertura y el pluralismo doctrinal.

Procuraré que sea una propuesta teológica desde la vida, que nos enseñe a emprender nuevos caminos con nuevos lenguajes y nuevas metodologías de expresión, alejándome de una reflexión desde la teología restrictiva que termina convirtiéndose en alimento insípido, como sucede con la gran mayoría de los documentos y declaraciones oficiales.

## **UNIVERSALIDAD SALVÍFICA Y POLÍTICAS IMPERIALES**

Antes de acercarme a la reflexión teológica como tal, acéptenme una breve aproximación histórica que puede ampliar la concepción que hasta hoy se ha manejado en relación con la universalidad de la salvación, dadas las circunstancias políticas en las que se vio envuelta la teología. Conviene, por supues-

to, aclarar que la cuestión de la universalidad no tiene su fundamento en la intencionalidad política que voy a describir, pero es indudable que sí recibió una gran influencia en la elaboración y comprensión teológica posterior.

Para el emperador Carlomagno, la universalidad en general obedecía a la misión del germanismo cristianizado entre la Iglesia y el imperio. Igualmente en el imperio otomano la universalidad era la expresión del cristianismo en la catolicidad romana fruto de la perfecta unidad entre el Sacro Imperio románico-germánico y Roma, centro de la catolicidad y de la mal llamada cristiandad.

Cuando se inicia la decadencia de la potestad pontificia, se acuña una nueva comprensión de la universalidad, tanto en la misión salvífica como en la acción misma de la iglesia. Así pues, del esquema feudal nace una concepción de universalidad para la cual el poder era de alguna manera sacerdotal y el sacerdocio era de alguna manera imperial; de allí que la universalidad teológica se afirmara confusamente en la ecumenidad romana, asimilada a la plenitud de la salvación en Cristo por medio de la Iglesia. Es entonces el momento en el cual cruz y espada conquistan a los infieles para Cristo, rey universal, entendiendo la evangelización más como la trasmisión de los valores de la romanidad que como el seguimiento de Cristo, y así vivir la concepción de unicidad y de universalidad, a la manera de Roma.

#### **«ID Y ATRAED» VERSUS «ID Y EVANGELIZAD»**

Nos acercamos a un profundo cambio de enfoque en la misión pasando de la «mentalidad de cruz» a la «mentalidad de cruzada» como lo afirma el teólogo japonés Kosuke Koyama. Por tanto, el interés no era propiamente convertir la Buena Nueva de salvación mediante el «id y evangelizad» sino atraer a los paganos a la única Iglesia Católica (unicidad) que tenía al Papa, vicario de Cristo, como cabeza universal (universalidad).

Quizás tal fue el motivo que impulsó una de las más vastas y trascendentales operaciones misioneras de la historia de la Iglesia: convertir a los bárbaros a la única Iglesia, mediadora de la única salvación. En una palabra, la universalidad salvífica en gran parte configurada por una universalidad política que cambiaba el «id y proclamad la buena nueva de salvación», por un «id y atraed hombres dóciles a la universalidad cristiana». En parte se vive una equívoca concepción de la universalidad eclesial mediante la cual se

precisa el carácter de la revelación de Cristo en quien se manifiesta la verdad absoluta y universal.

De acuerdo con el debate teológico tradicional, el misterio de Jesucristo es universalmente constitutivo de la salvación de todos los hombres; es decir, la unicidad de Jesucristo en el orden de la salvación, es absoluta, y lo convierte en el único salvador.

### **DE UNA TEOLOGÍA EXCLUYENTE Y RESTRICTIVA A UNA TEOLOGÍA INCLUYENTE Y CONTEXTUAL**

Al retomar la declaración *Dominus Iesus* podemos observar que la cuestión crucial en el debate secular es haber caído en una teología de posición excluyente, al optar por la unidad y la universalidad, y de esta manera nos hemos alejado de una teología incluyente nacida de la evangélica inteligencia de la fe que nos comprometa con una manera nueva de seguir a Jesús, y no sólo con una manera de pensar a Jesús.

No es entonces casual que en una época como la nuestra, de inseguridad doctrinal generalizada, irrumpa una declaración sobre la crítica situación teológica de la unicidad y la universalidad de la salvación de Cristo. Es obvio que esta declaración gire en torno de una concepción eclesiocéntrica que maneja una teología y una cristología hegemónica, según las cuales la única manifestación de Dios es y se realiza en Jesucristo, a pesar de que todos sabemos que la salvación universal no depende exclusivamente de la obra de Cristo en la Iglesia, pues creo que no debemos medir la salvación de los hombres a partir de la medida salvífica de la Iglesia.

Ahora bien, el cristocentrismo en la universalidad de la salvación debe abrir paso a una visión mucho más amplia del misterio salvífico, y tanto el eclesiocentrismo como el cristocentrismo, ambos de corte excluyente, han de cambiar de perspectiva y superar así la pretensión de privilegiar las funciones de Cristo como únicas y las de la Iglesia como universales.

Es cuestión de fe creer en la unicidad de Jesucristo salvador. Pero como toda teología ha de ser contextual -o sea, interdependiente de culturas y lenguajes concretos- creo que debe haber una nueva inteligencia de la fe que responda con elementos incluyentes al pluralismo religioso mundial que vivimos. De esta forma, la teología debe matizar el manejo de una visión que reduce el camino hacia Dios al camino de Jesús.

Veamos además cómo la declaración en cuestión reitera el carácter definitivo y completo de la revelación de Jesucristo, al exigir que sea firmemente creída -como dato perenne de la fe de la iglesia- la proclamación de Jesucristo, Hijo de Dios, Señor y único Salvador, que en su evento de encarnación, muerte y resurrección ha llevado a cumplimiento la historia de la salvación, que tiene en Él su plenitud y su centro. Una posición tan vertical es muy compleja, en el contexto pluralista de religiones en el cual nos movemos, porque aun cuando creamos en la unicidad de Cristo salvador, se impone a la teología -como inteligencia de la fe- una reflexión que incluya el respeto por las culturas, por las religiones no cristianas y por quienes creen de otra manera o que posiblemente nunca creerán.

#### **MISTERIO SALVÍFICO Y NUEVOS AREÓPAGOS**

Cuando leemos en la *Dominus Iesus* que «la voluntad salvífica universal de Dios es cumplida una vez para siempre en el misterio de la encarnación del Hijo de Dios», no encontramos ninguna posibilidad de pensar diferente, aunque seamos conscientes de la urgencia de renovar nuestros lenguajes, ya que todo lenguaje tiene su ciclo y habrá de concluir con las culturas advenientes que nos aportan nuevos lenguajes.

Por eso, en la medida en que avanzamos en la lectura de la declaración, es exasperante el lenguaje con el cual se reafirma la unicidad, la universalidad y el carácter absoluto de la única mediación de Cristo. Exaspera la reiterada afirmación de que la Iglesia es la concreción del misterio salvífico, razón por la cual Jesucristo no vino a establecer una comunidad de discípulos, sino que la Iglesia es la única que continúa su presencia y su obra salvadora. Por tanto, para la declaración, es contrario a la fe católica considerar a la Iglesia como un camino de salvación al lado de aquellos constituidos por otras religiones. Es decir, que sólo en ella se encuentran juntos y en su plenitud los elementos del mensaje de Cristo.

En vista de lo anterior, me parece paradójico constatar que hasta hace apenas unos cuantos lustros las religiones eran las que suscitaban la misión evangelizadora de la Iglesia, y hoy las mismas religiones suscitan declaraciones y documentos para reafirmar seguridades y aferrarse a concepciones y lenguajes cuya revisión y reformulación son imperativas de cara a un mundo con nuevas situaciones culturales de hombres y mujeres con múltiples alternativas.

Asistimos a una nueva época de la historia humana. Los nuevos areópagos de nuestro tiempo requieren de una renovada presentación del misterio salvífico, en el marco de prometedoras iniciativas eclesiales, pero desde una eclesiología para este milenio, no desde una eclesiología piramidal que predominó prácticamente durante todo el milenio que acaba de terminar, para la cual los cristianos son vistos más como clientes que consumen lo que los clérigos producen, que como verdaderos fieles bautizados y sacerdotes reales.

La declaración *Dominus Iesus* presenta a la Iglesia en forma de cascada, donde el único poder que el pueblo de Dios tiene es el de recibir lo que la estructura jerárquica le propone, desde cánones y encíclicas hasta documentos y declaraciones que sólo fortalecen la kyriocracia o gobierno de los señores u hombres de iglesia, para quienes la relación del bautizado con Cristo depende de su relación con la iglesia, en lugar de ser al contrario; es decir, que la relación del bautizado con la Iglesia dependa de su relación con Cristo misterio de salvación. En definitiva, parecería que quisiéramos encontrar el futuro en el pasado.

Tenemos la misión de escrutar los signos de los tiempos desde una teología contextual. Sabemos que la teología debe ser una reflexión y una manera de vivir desde la fe recibida de la tradición; pero de una tradición que no tenga como referente lo estático, sino lo vivo y lo flexible: una reflexión de fe que nos induzca a ser capaces de generar nuevos lenguajes sin contentarnos con recibirlo todo elaborado o, lo que es peor, impuesto.

### **HACIA LOS NUEVOS LENGUAJES DE UNA TEOLOGÍA DIALOGANTE**

En la medida en que leía y releía el texto de la declaración, más inquieto quedaba por su lenguaje y su permanente insistencia en que los fieles deben creer firmemente como verdad de fe que la Iglesia es sacramento universal de salvación y que los teólogos tienen un extenso campo de trabajo, pero bajo la guía del magisterio. El Coloquio que nos congrega alrededor de la declaración *Dominus Iesus*, nos pide identificar sus problemas y sus perspectivas.

Créanme que la declaración, a mi modo de ver, podemos convertirla en una excelente oportunidad y en una feliz ocasión, en un puente que nos saque de las estructuras patriarcales que excluyen a tantos cristianos, en

especial, a las mujeres y a los laicos, a quienes prácticamente se les niega su condición bautismal.

Mi primera invitación, permítanme sugerirlo desde la escuela franciscana, es no quedarnos haciendo inventarios de las cosas que nos puedan exasperar de la declaración desde nuestras mentalidades, sino que proyectemos con optimismo la realidad. Por eso los invito a adentrarnos en la búsqueda de nuevos lenguajes, pues hemos de emprender la ardua tarea de la des-helenización del lenguaje teológico, así como una seria y comprometida des-tomismo-nización en la inteligencia de la fe con nuevas perspectivas soteriológicas.

Con la *Dominus Iesus* nos encontramos ante un lenguaje de exclusión y de excluidos, que de una u otra forma son tratados como separados del orden establecido en la Iglesia a los que hay que someter o definitivamente expulsar.

Con la *Dominus Iesus* encontramos un claro trasfondo cartesiano del «yo pienso», el cual hemos de superar convirtiéndolo en un «nosotros argumentamos» para obtener la verdad. Con el cambio de lenguaje tendremos que pasar de una argumentación monológica a una argumentación dialógica; de lo contrario continuaremos como una inmensa mayoría enmudecida y silenciosa a la cual se obliga a guardar silencio sobre aquello de lo que debería hablar, pues no interesa lo que pueda decir esta mayoría de creyentes, ni lo que pueden decir quienes creen distinto a los que se les hace creer que no profesan religiones sino supersticiones, o a lo sumo, algunos elementos de religiosidad; esos que a pesar de todo viven su fe y su esperanza en una existencia tachonada de exclusiones.

Urge entonces elaborar una teología con lenguaje incluyente, para pasar del dogma con minúscula al *Diálogo* con mayúscula. Busquemos un nuevo lenguaje teológico a partir de la misma declaración, en las relaciones con quienes no creen como nosotros y con quienes creen como nosotros, pero de otra manera. Busquemos un cambio de lenguaje desde la encarnación, para que ella no sea vista como un mito desde la unicidad hasta la universalidad salvífica de Cristo y para que la vivamos como decisiva, pero no como única centralidad salvífica.

Creo que a partir de la *Dominus Iesus* debemos entender el Reino de Dios como una realidad más amplia, pues Cristo no se agota en su Iglesia.

Dentro de un lenguaje teológico excluyente siempre se plantea el tema de que alguien manda y los demás sólo existen en la medida en que obedezcan. En cambio, en un lenguaje de teología dialogante e incluyente el misterio salvífico de Cristo no sólo no pierde su carácter de verdad y de universalidad, sino que el misterio se comprende en su finalidad (unicidad) y en su centralidad (universalidad) en el contexto actual de las mentalidades del hecho religioso mundial.

Sin duda todos nosotros -quién más, quién menos- estamos amparados por una variedad de falsas estructuras que nos impiden caminar hacia lo abierto y creo que ante la *Dominus Iesus* nos da miedo estar a la intemperie, pues nos arropamos con conceptos, ideas, seguridades y teologías que nos alejan de otras visiones, de otras creencias y de otras ilusiones.

Hoy no será posible hacer un verdadero diálogo interreligioso ni elaborar una teología de las religiones o del pluralismo religioso si no escapamos de los miedos ancestrales que nos encierran en conceptos helenizantes. Y ¿cómo dialogar con aquellos que creen poseer el monopolio de la verdad, convencidos de que los demás tienen la exclusividad del error?

A pesar de todo, la *Dominus Iesus*, nos está invitando a ser hombres abrahámicos para saber orientarnos solos bajo las estrellas. Leída desde esta perspectiva, la *Dominus Iesus* nos lanza a una importante aventura.

### **LAS FACULTADES DE TEOLOGÍA Y EL HECHO RELIGIOSO MUNDIAL**

Todo lo que dialoguemos en este Coloquio debe tener consecuencias concretas, no sólo la invitación al cambio de lenguajes, sino consecuencias directas y concretas sobre la estructuración de nuestras facultades de teología y la organización tanto de sus currículos visibles, como -sobre todo- de sus currículos ocultos.

Las facultades de teología no podrán, a mi modo de ver, seguir estructuradas a partir de la exclusión ni a partir de una única visión en su inteligencia de la fe. Tampoco pueden seguir estructuradas únicamente para responder a la necesidad de una formación eclesiástica o de una formación clerical; deben reestructurarse para responder a la esencia de la teología como proyecto, como forma de vida y como reflexión científica. Tener laicos y mujeres en nuestras facultades de teología, sin contar aquellos que se



preparan para el presbiterado, no es suficiente para dejar de sentirnos seminarios conciliares.

Desde nuestras facultades de teología hemos de hacer reflexión teológica con estructuras de comunión sin juxtaponer eclesiologías. Para salir de una visión excluyente, nuestras facultades de teología deben contar en sus currículos con cátedras y docentes de las diversas confesiones cristianas, así como de las grandes religiones no cristianas.

Y para elaborar una teología incluyente debemos crear centros, departamentos o posgrados de ciencias de las religiones con estudios religiosos innovadores que fomenten investigaciones trasdisciplinarias del hecho religioso mundial, para reaccionar al obtuso monopolio fáctico de lo religioso desde lo católico o por lo católico, pues nosotros nos hemos acostumbrado a hacer una teología cómodamente parcial, encerrada en una autoreflexión que no nos deja avanzar y nos sitúa en los mismos puntos de partida. Nos urge una heteroreflexión del misterio salvífico de Cristo en la Iglesia, acompañada de una novedosa autoreflexión.

Hemos pues de superar una fe teologal excluyente para lograr aceptar las creencias religiosas de los demás y cuestionar aquello de que la fe de los católicos es acoger la verdad, mientras que la creencia de los otros y de los que creen distinto a nosotros es tan sólo una búsqueda de la verdad, como lo afirma la declaración.

Desde nuestras facultades de teología hemos, pues, de entender que el diálogo interreligioso se fundamenta tanto en la igualdad de las partes como en la igualdad de los contenidos doctrinales. En fin, ante el hecho religioso planetario, necesitamos estudios pluridisciplinarios en donde dediquemos suficiente tiempo a la historia de las culturas y de las religiones, en donde hagamos exégesis y hermenéutica de los textos religiosos no cristianos y en donde incursionemos en los signos, los símbolos, los gestos y los ritos de las teologías no cristianas.

Y para terminar, no me queda sino recordar aquello que tan acertadamente afirmaba Wittgenstein: ¿Será que de lo que no se puede hablar, hay que callar?

**BIBLIOGRAFÍA**

- CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Declaración Dominus Iesus, sobre la unidad y la universalidad salvífica de Jesucristo y de la Iglesia*, Ciudad del Vaticano, 2000.
- DUPUIS, JACQUES, *Hacia una teología del pluralismo religioso*, Sal Terrae, Madrid, 2000.
- GONZÁLEZ FAUS, JOSÉ IGNACIO, «La cruz de la *Dominus Iesus*», en *Selecciones de teología*, 157, enero, 2001, pp. 52-53.
- IRVIN, DOLE, *Agitated Mind of God: The Theology of Kosuke Koyama*, Ed. Akitunde Orbis Books, London, 1996.
- KLEIN, NIKOLAUS, «Si se altera el sentido de un Concilio», en *Selecciones de teología*, 157, enero, 2001, pp. 48-51.
- KOSUKE, KOYAMA, *A Model for Intercultural Theology*, Edic. Akitunde, London, 1991.